

# BARCELONA BY NIGHT

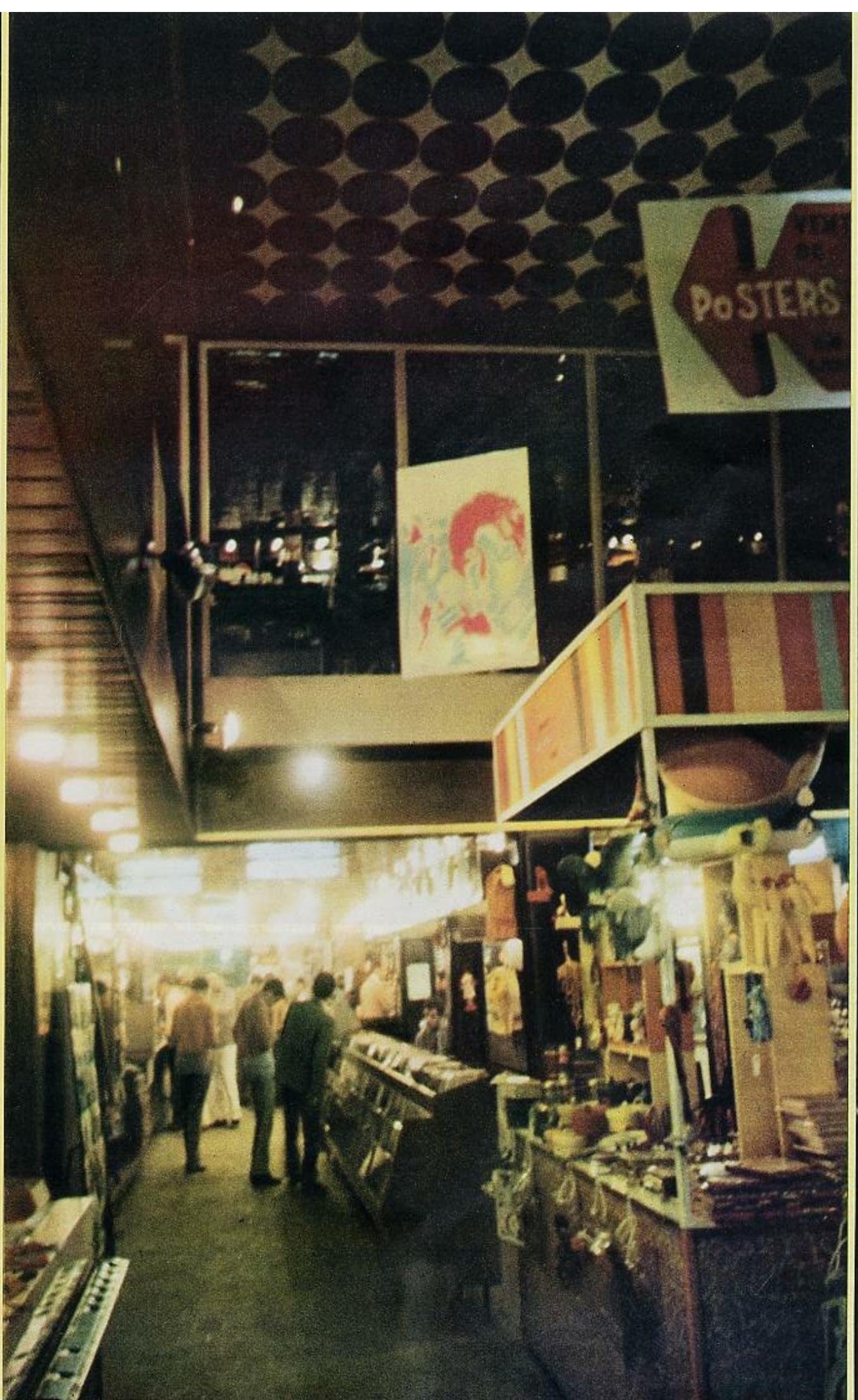
## (PEQUEÑA GUIA DE UN PASEANTE INGENUO)

«¡Oh Gran Gilbert, Oh Gran Gilbert!», corea al fondo de la sala un grupo de muchachos entre los enrarecidos aplausos de las mesas. Sobre el tabladillo de «La Bodega Bohemia», Oh Gran Gilbert se yergue, triunfante, mirando al público. Viste una taleguilla de torero, con bordados verdes, y conserva la gracia que en otro tiempo fue asombro del Paralelo. Anda muy cerca de los noventa años y se mantiene firme, al pie del cañón, en frase suya, defendiendo el recuerdo glorioso de las viejas noches barcelonesas, el noble candor de las «varietés». Luego se dirige pausadamente al armarito que está a la derecha del piano y saca una partitura. Se la tiende al pianista, un hombre enteco, en mangas de camisa, inmóvil como una estatua, y volviéndose al público anuncia (siempre habla de sí mismo en tercera persona) el número siguiente: «Oh Gran

Gilbert cantará ahora la partitura de «Toledo», de Albéniz». Y advierte luego: «Si hay en la sala algún artista que sepa hacer este número, Oh Gran Gilbert le desafía a que suba al escenario. Llamaremos a un jurado y si ese artista lo hace mejor que Oh Gran Gilbert, se ganará cien duros».

Su voz al decir «cien duros» trae lejanas remembranzas de aquellas épocas en que, para expresar que alguien trataba de engañarnos contándonos un cuento, se decía que contaba «un sopar de duro», una cena de a duro. Una butaca de platea en el Arnáu valía escasamente una peseta y Oh Gran Gilbert parece estar recordándolo. El Paralelo, la Rambla, el Barrio Chino estaban entonces en su apogeo. En los teatros de Marqués del Duero actuaban Raquel Meller, José Santpere, Alady y por la calle deambulaba el Noi de Tona, con sus extraños discursos patrióticos. Era la



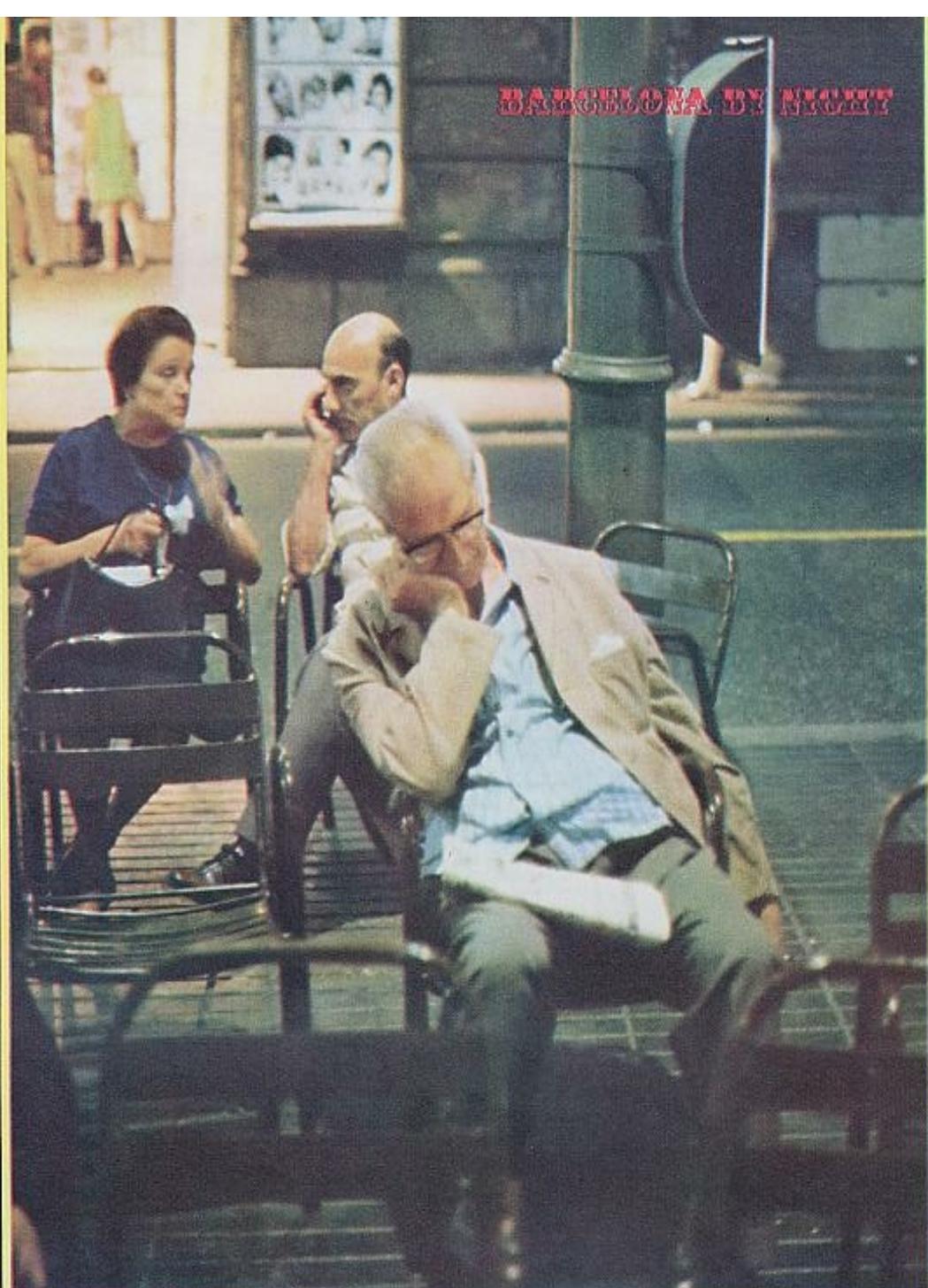


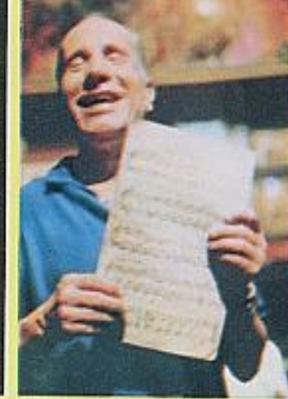
época de la sopa boba, que los conventos repartían diariamente por miles, cuando los ladrones aprendían su oficio en Academias como la del Adrogueret, personaje fabuloso que, según cuenta Llorenç Sant Marc, le robó la cartera a un ministro de la Gobernación nada más apearse del tren de Madrid en la calle de Aragón. Señores de etiqueta compartían las salas de espectáculos con los golfos «trinxeraires» y en los cafés anarquistas, como el famoso de «La Tranquilidad», un obrero con la gorra en la mano pasaba entre los parroquianos diciendo: «Qui vol donar cinc centims per dinamita?». Los calaveras de familia textil eran protagonistas de dúos populares:

*El fill del senyor Taxonera cursava de Dret la carrera però com que ell era tan tronera anava pels cabarets. I en lloc de ficar-se a les aules jugava per totes les taules i era amic de totes les maules de les cases de barrets.*

Poco queda ya de la antigua grandeza de aquella Barcelona tan bobalicona como miserable, cuya historia relata a la vez la más fastuosa «belle époque» y la sórdida vida del proletariado. Pero la ciudad tiene en su tradición reservas suficientes para que su vida nocturna, hoy con un trasfondo menos doloroso, sea aún de las más lucidas del continente. Trazar un itinerario para la convivencia del paseante nocturno correría el peligro de convertirse en una aburrida relación de nombres. Citaré algunos de los locales más interesantes, guardándome de calificarlos moralmente y advirtiéndome, en todo caso, que el «pecado» (como el gasto) corre de cuenta del interesado. El amante de los contrastes deberá incluir en su itinerario un local moderno, «Bocaccio», en el que podrá encontrar, junto a numerosos ilustrados de fuste, a alguno de los modernos émulos del hijo del señor Taxonera de la copla que transcribo más arriba. Para catalanistas madrileños, que, como decía hace poco mi amigo el sociólogo Amando de Miguel, no hacen más que ir en aumento con la «barcelonización» de Madrid, recomendaré «La Cova del Drac», donde oirán buena canción catalana y, a veces, un delicioso espectáculo de variedades compuesto por intelectuales. «La Paloma», por otro nombre llamado «Salón Venus-Deporte», representa, en este firmamento, el amor maduro en un salón recocó. En el «Estudio Ramos» oirán cantar a su propietario versos de Machado y Alberti, si el señor Ramos tiene ganas, que no siempre tiene, pues, como él dice, aquello no es su negocio, sino su estudio. Descendiendo por las Ramblas

BARCELONA BY NIGHT





Oh Gran Gilbert (abajo) personifica, a sus ochenta años, la brillante tradición de la vida nocturna barcelonesa que aún hoy, con los espectáculos sicalípticos de «El Molino» o «New York», la gracia de «Flori» o la desfachatuz del simpático «Rosalinda», sigue siendo de las más lucidas del continente europeo.



a barrios algo más objetables encontraremos los ecos, todavía palpitantes, de la gloria pasada. He hablado ya de «La Bodega Bohemia», donde canta Oh Gran Gilbert. En las paredes algo desconchadas del local hay viejas fotografías de la fabulosa Mary Alda, ya fallecida, a quien ninguna persona de sensibilidad ha podido olvidar, cuando cantaba aquello de

*Rema  
Rema marinero.*

En el Arco del Teatro, el paseante deberá tomar una «cazalla con pasas» en un pequeño mostrador de mármol que da directamente a la calle y podrá entrar luego en el vecino «Jazz

Colón», de una modernidad desgarrada, que se llena todas las noches de jóvenes de color, constituidos, sin quererlo, en espectáculo. En el «New York, estípis» para el más exigente. Luego, para gente con talento, dos locales especiales: «Gambrinus» y «Copacabana». Cara y cruz de la misma moneda. En «Gambrinus», lujo de cabaret elegante, de tono casi convencional, de no ser porque la señora que anuncia el espectáculo no hace nada por afinar su voz. Reino del «travesti», la gran incógnita del sexo. Al final, el «estriptis» de la más bella de las mujeres descubrirá a un muchacho. En «Copacabana» todo es

más sencillo. «Rosalinda», emigrante andaluz convertido en eximio artista, cantará entre los gritos del público aquello de

*Me llaman la Marquesona...*

En el Paralelo, finalmente, transformado hoy casi completamente en avenida de edificios de oficinas, quedan todavía dos locales interesantes: «La Bodega Apolo», donde canta el (o la) gran Sebastián, y, sobre todo, «El Molino». Para el visitante, desde el punto de vista informativo, «El Molino» tiene en Barcelona una importancia paralela a la que pueda tener la Sagrada Familia de Gaudí.

La Barcelona nocturna, desposeída del velo de «monja me-

lindrosa» que, al decir del poeta Pere Quart, lleva la diurna, tiene todavía el aire desgarrado, guiñolesco de la antigua farra. La otra noche, sentado en un café del Arco del Teatro, mirando la estatua de Pitarrá y la calle Escudillers al fondo, me venía a la memoria una estrofa de Josep Carner en la que hay una descripción, todavía válida, de estos barrios. El extraño murciélago vuela, cuando se ha apagado la luz del sol, sobre la cabeza de una mujer con la cara pintoreada

*Al carrer d'Escudellers  
quan la llum del sol no hi és  
hi vola una rata-pinyada  
damunt d'una dona pintada.*

Texto: LUIS CARANDELL  
Fotos: MARTINEZ-PARRA